

DEUS EX MACHINA

EDUARDO GRAELLS-GARRIDO



© Eduardo Graells-Garrido, 2024

© Editorial Trazos de Aves SpA, 2024

Edición: Taika Editorial.

Corrección de estilo: Jazz Noire.

Ilustración: Oliver Terrones.

Edición limitada, mayo de 2024.

Impreso en Santiago de Chile por Trazos de Aves.

Se utilizaron las tipografías **CHARR**, *Fraunces*, **Outfit Medium** y Fira Code.

Diagramado con \LaTeX , Python y pandoc.

DEUS EX MACHINA

¡Puede que tengas puños dignos de un «Dios», pero todavía hay gente fuerte en este mundo!

Street Fighter III: Third Strike

Ryu

La lluvia torrencial de julio no evitó que el anfiteatro se repletara de espectadores ávidos de sangre y robots. El público observaba a un hombre de traje negro, camisa blanca y corbatín ubicado en la mitad del escenario, con un micrófono de plata en sus manos. Se hacía esperar mientras la gente gritaba consignas y aplaudía. La configuración del lugar era similar a la de una arena, con dos puertas enormes en puntos opuestos a lo largo del diámetro del área de combate. Una compuerta tenía un emblema de corazón con venas de cable; la otra, era un circuito de silicio rodeado de ceros y unos que, si bien carecían de sentido para las personas, demostraban tener un orden oculto.

El presentador carraspeó para indicar que ya había llegado el momento. Las luces se apagaron, excepto por la cenital que apuntaba al centro del escenario. Por unos segundos, solo se escuchó el agua repiquetear el cielo transparente del sitio.

Este relato se publicó por primera vez en la revista mexicana *Primero Sueño* vol. 4 (2021) y luego en la antología *GAME OVER* (2021).

—¡Bienvenidos a una nueva edición de EX Máquina, el *reality show* donde los humanos dan lo mejor de sí para sobrevivir en una pelea a muerte! Transmitimos en vivo desde la Digital Arena del Parque O'Higgins. ¡Desde Santiago de Chile para el mundo!

Una segunda luz enfocó la compuerta con el emblema de circuito. Al abrirse, reveló poco a poco la silueta de un ser mecatrónico.

—Representando a las máquinas, esta noche estrenamos la última iteración de la tecnología nuclear de silicio. Con un diseño inspirado en los xenomorfos de la película *Aliens*, esta criatura emite vapor por sus articulaciones, escupe ácido y tiene cola con un aguijón mortal —dijo y se repitió el eco que generaban los parlantes instalados en todo el techo. Se escucharon gritos ambivalentes ante tal abominación—. ¡No se preocupen! Nuestro equipo de ingeniería mantiene a este monstruo metálico bajo control. Solamente les queda disfrutar el espectáculo. Señoras y señores, en este *ring* todo vale, incluso lo que no es humanamente posible.

La tercera luz enfocó a la compuerta con el emblema de corazón. Al activarse, mostró una silueta que parecía un robot con forma humanoide.

—Representando a la humanidad, esta noche participa Ramón Graells, profesor y director de un colegio en Peñalolén. Viene equipado con una estructura mecánica de metal que protege parte de su cuerpo, controlable a voluntad. ¿Qué deparará su destino? No lo sabemos. ¡Lo descubriremos hoy!

Solamente el futuro por el que luchamos vale la pena y, por eso, FutureTech lucha con ustedes.

Para los espectadores, Ramón parecía vestir una armadura completa, mecanizada como un robot, aunque el aparataje protegía su espalda y sus extremidades solo de manera parcial. El resto de su cuerpo estaba desprotegido por exigencia de las reglas del programa. Vestía un overol que apretaba la piel suelta por los años y las enfermedades. Le era difícil respirar en ese ambiente lleno de niebla artificial y de gente sedienta de violencia.

No quería estar allí. Su primera decisión fue, justamente, entregarse al destino. No sabía si cedió a la presión de su hija y de su esposa ni si era un cobarde que no podía aceptar su destino. Sí sabía que había logrado mantener el semblante en alto para la ocasión. Aceptó que la sensación de orgullo de enfrentarse a esa máquina no era distinta a la de evitar la exposición como si fuese integrante de un circo. Al mirar sus decisiones en retrospectiva, en el peor de los casos, morir asesinado por un robot podría ser menos doloroso y más rápido. Pero confiaba en su hija. Imaginaba que tenía motivos para insistir en su participación, a pesar de que el programa tenía el triste récord de cero victorias humanas y cero retiradas.

Estela y Matilde observaban la escena desde una cabina protegida por vidrio templado. Tenía algunas manchas de sangre seca en su capa exterior. Estela analizaba el escenario y se preparaba para evaluar rápidamente lo que sucediera allí. Tenía a su alcance el botón de emergencia para indicar una retirada inmediata.

«No vale la pena presionarlo», pensó Estela, quien se rasgaba las uñas mientras miraba a su padre posicionarse en el campo de batalla.

Los dos contendores, hombre y máquina, estaban listos. El presentador ya había desaparecido del *ring*. El aire se sentía cálido, como si el público exhalara al unísono. Estela aguantaba la respiración. Su madre Matilde no quería mirar y afirmaba un rosario con las manos.

En las pantallas gigantes de las paredes comenzó una cuenta regresiva escrita con píxeles de luz. Tres. Dos. Uno. FIGHT!

El alien se encorvó y comenzó a moverse en zigzag hacia Ramón. Mientras lo hacía, su cola bailaba emitiendo sonidos eléctricos que se escuchaban en cada rincón de la jaula en la que se encontraba con su oponente.

Un segundo después, Ramón dio su primer paso.



—Ya está —dijo Estela mientras apretaba una tuerca con una llave hidráulica—. Mueve el brazo, Tata.

Ramón pivotó su antebrazo vendado. Así como su extremidad giraba alrededor de su codo, el brazo mecánico creado por Estela repitió el movimiento.

—¡No soy tu Tata, soy tu papá!

—Se demora dos segundos en reaccionar —comentó Estela para sí misma, ignorando el reclamo de su padre.

Ramón había sostenido una expresión pesimista en los últimos meses. Sin embargo, sonrió con orgullo al escuchar a su hija analizar la situación, al ver los ademanes de su rostro y

el temblor de sus manos mientras ideaba qué hacer. La habilidad de su hija lo cautivaba. Construyó desde cero ese extraño aparato que ella llamaba «exoesqueleto».

—*Exo* significa exterior —le había explicado una tarde—. Es un esqueleto exterior. Lo he construido con partes y chips que encontré en los cementerios electrónicos. Tener amigos en Meiggs te permite saber dónde están esos lugares, Tata. Sé que no te gusta ese barrio, pero ya ves, aquí estamos haciendo esto.

—No importa, hija.

Ramón se había vuelto miedoso con los años. Le temía a la delincuencia. A su juicio, había mucha en los barrios clásicos de Santiago Centro. Ya no usaba transporte público. La casa de la familia en el barrio San Eugenio tenía refuerzos en puertas y ventanas. A Estela le parecía una exageración. Decía que su padre y las personas de su generación habían sido inoculados de miedo. Que una vez que está en la sangre, es imposible de separar. Por eso, miraba a su padre con ternura mientras él recordaba los tiempos en los que salía a comer con Matilde picadas a escondidas en la calle Exposición entre clases de la universidad.

—Tata —interrumpió Estela mientras se sacaba los guantes manchados con grasa—. Sé que te gusta el ajedrez, que piensas que esto podría ser un juego mental. No lo es. En ajedrez el tablero está detenido mientras no se juega. En este programa las decisiones se toman en tiempo real, de manera simultánea. No hay turnos ni esperas.

Estela se sentó junto a su padre. Sus dedos subían y bajaban sobre las teclas como si fuese una intérprete de piano. Pero no hacía música, sino que escribía códigos. Para una *hacker*, es lo mismo, es la expresión de la creatividad, la manifestación del yo en un espacio impalpable. Para su padre, solo era una pantalla negra llena de teclas verdes.

—Se ve difícil este asunto —comentó Ramón en voz baja—. No entiendo nada.

La concentración con la que escribía y leía en la pantalla impidió que Estela escuchase lo que dijo su padre. En cambio, de un cajón sacó un aparato que tenía una palanca y seis botones. Lo conectó a su computador por un puerto USB y lo puso sobre sus piernas. Tecleó lo siguiente:

```
$estela@thegrid> street_fighter ---training-mode
```

Presionó «ENTER» con determinación. Las letras desaparecieron y en su lugar se mostraron las animaciones del juego *Street Fighter III: Third Strike*, el favorito de Estela.

—¿Qué haces? Siempre te pones a jugar en los momentos más inesperados —dijo Ramón incrédulo.

Pensó que, en el fondo, Estela todavía era una niña que no dejaba de pensar en sus videojuegos. ¿Cómo empezaba a jugar en ese momento tan crítico? Ella no parecía prestarle atención, más bien, miraba un indicador de puntaje que reaccionaba a sus movimientos en la palanca y al presionar los botones a un ritmo específico.

—Estoy entrenando —respondió Estela mientras pausaba el juego—. Tata, he estado investigando la tecnología que usa

FutureTech. Encontré unos documentos clasificados, no me preguntes cómo. Creo que es posible que ganes. —Se escuchó un clic en el juego. La pantalla mostraba el mensaje HIGH SCORE.

Ramón observaba en silencio a su hija inmersa en la pantalla, rodeada de todo tipo de tecnología. Solía creer que su hija era infantil, que su taller, sus salidas a los barrios llenos de basura electrónica y la recolección de piezas y circuitos era una etapa de su vida, la expresión de la indecisión luego de haber abandonado la universidad. No sabía qué negocios hacía para conseguir esas herramientas, esos materiales. Prefería no preguntar y mantener la imagen que siempre había tenido. Seguía viendo a una niña buscando su rumbo a través de los juegos. Una niña que se distraía fácilmente y que ya lo había olvidado por ponerse a jugar.

—Quizá existe una manera de engañar al sistema —comentó Estela sin dejar de mirar la pantalla.

No la entendía, tampoco comprendía sus palabras. Además, pensaba que todo el asunto exponía a su familia más que a sí mismo. Solo aceptó porque Matilde le insistió. Reconocía que ella era más valiente que él, que su dulzura ocultaba su decisión; mientras que, en él, lo que todos llamaban «carácter fuerte» era solo una máscara para ocultar su incapacidad de entender sus emociones. Su único consuelo eran estos días juntos en el taller mecatrónico, posiblemente los únicos momentos sinceros entre padre e hija que habían compartido en sus vidas.

—¿Es posible, hija? Juego ajedrez, ¿recuerdas? Soy bueno anticipando lo que harán los demás. Pero ¿se puede ganar a una máquina? En la televisión han dicho que analizan billones de operaciones por segundo. Yo puedo imaginar las posibilidades de una partida de ajedrez entre humanos. Aun así, tengo un límite, quizá una decena de jugadas. No más.

—Es verdad. Además, no procesan en secuencia, sino que en paralelo. En una décima de segundo, realizan más operaciones aritméticas que las que has hecho en toda tu vida —dijo Estela y se giró hacia él—. Somos mejores. —Apuntó a su propia cabeza con el dedo índice, como haciendo «toc toc»—. Imaginas diez jugadas, las diez mejores. Las puedes identificar rápidamente. Las máquinas deben probarlas todas porque no saben cuál es mejor que otra. Y su mayor debilidad es que fueron programadas por personas que creen que todo el mundo es como ellos. Ingenieros que lo tienen todo, que no han vivido nada.

Cerró el computador, guardó el control en el cajón y se incorporó. Se puso los guantes de nuevo y chocó los extremos de cada dedo de tela con sus yemas.

—Ya entrené lo que necesitaba. Sigamos. Es hora de probar las piernas.

A pesar del cansancio, Ramón se volvió a poner de pie. Tenía frío y quería colocarse su abrigo, terminar con eso pronto. Sentía el peso del armatoste a medida que Estela encajaba cada parte y ajustaba las juntas como un rompecabezas.

—Ahora levanta la rodilla derecha.

Las válvulas de gas comprimido silbaban ante el esfuerzo de Ramón. Era música para ella.

—¿Realmente crees que seré capaz de mover todo esto?

—Tata, no te preocupes, yo me encargo. Solo necesito que las articulaciones sean estables y que la válvula de gas comprimido tenga mayor capacidad. Oh, Matilde debe estar por llegar del trabajo. Apurémonos, Tata. Baja la rodilla y sube la otra. Sí, *Tata*, ¡porque ya no eres joven!



Ramón recuperó la consciencia y sus sentidos uno a uno. Primero abrió sus ojos, una gran luz lo encandiló. Después comenzó a oír un leve siseo que se fue transformando en el clamor de una multitud, un clamor que no lograba entender. Más tarde, el gusto. Sabor a sangre. La suya. Finalmente, el tacto. Le ardían las mejillas y los brazos. Y el resto del cuerpo le dolía, estaba machucado. El grafeo del overol lo protegió del ácido y de los golpes, pero no era perfecto. Por instinto, quiso tocar su cara. No pudo. Recordó que sus extremidades estaban ancladas al exoesqueleto y creyó que era por eso.

Hasta que se dio cuenta de que el motivo era distinto. No sintió el peso del metal.

«No pesa nada», pensó. «Por la cresta, no siento mi cuerpo».

En la cabina, Matilde rogaba a Estela que presionara el botón de emergencia.

—¡Es la única manera de salvarlo! —repetía desesperada.

Estela la contenía. Su padre le había pedido que no hubiese tablas en el juego. Ella estaba dispuesta a no respetar la decisión, pero debía esperar un poco más. Solo un poco. Casi pierde la esperanza cuando el alien se precipitó sobre Ramón para clavarle la cola en la cabeza. La perforación no tuvo éxito, pero el golpe tumbó a Ramón y a su exoesqueleto en el suelo. Matilde ofrecía a la organización tomar su lugar, que por favor le permitieran acceder a su teléfono, que podría llamar a alguien, que podría hacer algo, que podría detener el *show*.

De repente, Ramón no vio nada. El alien estaba sobre él, le tapaba la luz y preparaba el toque final. Había sido programado por un sádico para darle dramatismo a su cacería. Las pantallas gigantes mostraban al público el punto de vista de la máquina y transmitían al mundo el rostro aterrorizado de Ramón; se acercaba a él en movimientos cada vez más lentos, sin llegar a detenerse.

—¡Conchetumadre! —gritó Ramón con pavor.

Nadie lo escuchó. El programa no transmitía el audio de los participantes. «Por respeto y dignidad», decían las reglas.

Estela reconoció el movimiento de labios de su padre. Sonrió. La multitud enloqueció al sorprenderse con la incorporación frenética del exoesqueleto. El cuerpo de Ramón se desplazaba, sus miembros se articulaban, su mente no tenía idea de cómo ni por qué. Estela sabía que ya no habría un segundo de desventaja.



—No podremos ingresar con ningún transmisor. Y es posible que te canses, que te canses mucho; esta cosa pesa. Aunque dicen que todo está permitido en el *ring*, estos sinvergüenzas podrían descalificarnos por esto. Así que solamente te diré lo mínimo que necesitas saber: si sientes que no hay más alternativa, grita fuerte, lo más que puedas. Tiene que ser un insulto para que se sienta natural, de modo que no se den cuenta de que es una instrucción especial. Activarás un programa que he incluido en el procesador del esqueleto. Está encriptado con el perfil auditivo de tu voz, así que no lo encontrarán cuando inspeccionen el equipamiento

Para Ramón, Estela había hablado en un lenguaje extraterrestre. No comentó nada al respecto. Confiaba en su hija.

El programa contenía las coreografías de combate que Estela había grabado para enseñarle al exoesqueleto a combatir por sí mismo. Su propia inteligencia artificial derivada de sus peripecias en *Street Fighter*.

—Si ellos usan un robot inteligente y rápido, ¿qué sacamos con poder pelear si somos más lentos?

—Lo que te dije, Tata. Ellos saben que queremos ganar. Sé cómo se le gana a esas supuestas inteligencias artificiales: haciéndoles creer que haremos otra cosa, optimizando otra función de costo. El programa alterna acciones en función de lo que leen los sensores del esqueleto, de lo que dice el azar y de lo que yo le he enseñado en este jueguito. Será impredecible.



Los movimientos marciales de Ramón expulsaron al alien de sus alrededores, permitiéndole ganar tiempo.

Estela no había contado con lo preparado que estaba el equipo de ingeniería de FutureTech, que podía reprogramar su robot en tiempo real. Al notar que el humano era más resistente y vivaz que el contendor típico del *reality show*, hicieron clic en la terminal de control ubicada en la sección superior de la arena. El botón decía MODO ASESINO. Al presionarlo, el alien se congeló por un segundo para configurarse. El cambio en el *software* desactivó limitadores de movimiento y velocidad de *hardware* en su cuerpo artificial. Luego se precipitó a máxima velocidad sobre Ramón, quien no tuvo tiempo de pensar ni reaccionar. El público también quedó boquiabierto ante esos cambios súbitos en el hombre y en la máquina que luchaban a muerte. Querían más.

Al mismo tiempo que se había activado el modo asesino del robot, el programa de Estela lanzó una moneda virtual al aire. Como resultado, ejecutó una patada como la que demostraba Ryu, el artista marcial vagabundo protagonista del juego. El alien, a una velocidad propia de un auto de carreras, chocó contra todo el peso de las botas de acero del exoesqueleto, lo que rompió sus coprocesadores principales, sus sensores y la cámara especial de vista en primera persona. El choque generó tres estruendos metálicos: la destrucción del metal en la cabeza del alien y las caídas de ambos luchadores al suelo. La pantalla gigante estaba en negro. Los espectadores no sabían qué hacer, si aplaudir o llorar. O ambas.

El tiempo detenido se reactivó con la apertura de una compuerta especial. Un grupo de técnicos salió trotando, llevaban consigo maletines con terminales para verificar el correcto funcionamiento del alien. Estela, Matilde y una paramédica aparecieron después de ellos y corrieron hacia Ramón. La paramédica comprobó el pulso del hombre. Miró hacia el panel de control e hizo una seña. Vivo apenas, ensangrentado y pálido, respiraba con dificultad. Gemía de dolor, pero no podía hablar por el *shock*.

Sonó una campana. La pelea había terminado.

El ácido había traspasado las rótulas del exoesqueleto. El olor a carne quemada de su padre urgió a Estela. Rasgó su ropa para poder presionar los botones del panel lateral de desarme. Estaba estropeado. No tenía alternativa. Usó toda la fuerza que pudo sobre los puntos flexibles de la estructura que ella misma había armado. Su piel ardió debido a la reacción química. No la sintió por la adrenalina. Sí escuchó el sonido de los mecanismos liberando los miembros de Ramón. Junto a Matilde, lo levantó con delicadeza y lo tomó por los hombros.

El hombre de negro volvió a aparecer en el *ring*.

—¡Tenemos un ganador! Esta noche, la suerte ha estado del lado de los humanos. Ha sido un combate formidable. ¡Felicitaciones a Ramón Graells por su victoria!

Ramón, Ramón, Ramón. Su nombre llenó la arena como si se tratara de un gladiador. El anfitrión apagó su micrófono y se acercó a las mujeres, quienes apenas lograban sostener el cuerpo hinchado y golpeado de su familiar, todavía expeliendo humo por las quemaduras.

—¡Hemos roto el récord de audiencia! Tal como acordamos, aquí está su váucher para ingresar a la Clínica FutureMedic. Sus sesiones de quimioterapia lo están esperando. ¡Buena suerte!